

Mi Maleta —de— dudas



Diana Mesla

MI MALETA DE DUDAS

Diana Mesta

Copyright©2019 de Diana Mesta
Kindle edition

All rights reserved, including the right of reproduction in whole or in part in any form, except for the use of brief quotations in media publications.

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción, entero o en parte, excepto por el uso de limitadas secciones en los medios de publicación.

Prólogo

La tristeza invadía ahora cada rincón de la estancia que había sido nuestro hogar durante los últimos cuatro años. Una despedida la mayoría de las veces es un momento triste, pero en este caso era peor, era el cierre de una etapa muy feliz y el inicio de otra de más incertidumbre. Habían sido unos años alegres, donde había disfrutado de independencia y libertad, conviviendo con las tres mejores amigas que podía haber encontrado. Iba a echarlo mucho de menos.

Elizabeth y Annette, mis compañeras de la habitación de enfrente, se habían despedido una hora antes partiendo para sus respectivos hogares familiares. Cada una de ellas debía asumir responsabilidades, ya fijadas desde antes de iniciar sus estudios en aquella universidad.

Elizabeth, la más sensata y tranquila de las cuatro, debía volver a la campiña inglesa para hacerse cargo de la granja familiar. Sus padres habían puesto todas sus esperanzas en ella después de que el mayor de los dos hermanos, uno de los hombres más atractivos de Inglaterra desde mi punto de vista, se negara a quedarse en el pueblo asegurando que su vida estaba ligada al ajetreo de la gran ciudad de Londres. Ambos padres dejaron de hablar a John durante un tiempo, pero Eli estaba encantada, adoraba la campiña y sobre todo los establos con sus maravillosos y elegantes inquilinos de cuatro patas. Ni se acordaba de cuando le compraron su primer caballo y nunca tuvo ninguna duda sobre su futuro en el negocio familiar.

La extrovertida y sensual Annette, Anne para nosotras, debía ayudar a sus padres a gestionar los dos restaurantes que la familia tenía en Francia. Le encantaba la restaura-

ción, no solo la cocina en sí, sino también el contacto con los clientes. Recibía con orgullo las alabanzas sobre el servicio y la comida, que le hacían esforzarse más día a día. Además, durante los estudios había desarrollado ideas sobre una posible expansión a otros puntos de Francia e incluso a otros países, como por ejemplo... ¿Inglaterra? Tenía grandes proyectos para su pequeña empresa familiar y estaba ilusionada con ponerlos en práctica. También suponíamos que su impaciente necesidad de volver a casa estaba muy relacionada con Paul, amigo desde la infancia con el que parecía haber estrechado relaciones en la última visita. No nos había contado nada, a pesar de nuestra insistencia, pero la sonrisa bobalicona con que contestaba al teléfono no dejaba lugar a dudas.

Y luego estábamos nosotras dos; las indecisas sin futuro previsto, sin planes establecidos ni ataduras, deseando volar y comernos el mundo. Nadie nos iba a recoger como a Eli y Ann; no había ninguna prisa por salir, teníamos tiempo suficiente para llegar al tren que partía hacia Londres. Después yo debía coger un avión a Madrid, pero no salía hasta la tarde, dejándome varias horas libres para visitar la ciudad.

Nos sentamos en las camas sin hablar, pensando en el futuro y recordando los momentos pasados. Miramos con tristeza las camas sin sábanas, las mesas sin papeles ni bolígrafos y las maletas preparadas en la puerta. ¡Qué vacío estaba todo! Nuestro cuarto había sido el punto de encuentro y lugar de grandes reuniones, casi siempre con la puerta abierta a disposición de todo aquel que quisiera apoyo o diversión. Era la habitación más frecuentada por las jóvenes de la planta; a la que se acercaban todas antes de salir de copas. Casi al final del primer mes, se nos ocurrió colocar un calendario al lado de la puerta donde cada una escribía salidas, reuniones y fiestas previstas por si alguien se quería apuntar. Fue una gran idea, aceptada por todos inmediatamente. Era difícil encontrar un día sin nada escrito.

La caótica Victoria, o Vic como la llamábamos, no tenía nada claro dónde acabaría. Había disfrutado como ninguna de las fiestas y la libertad del campus sin dejarse atrapar por nadie, solo aprovechando cada momento donde, cuando y con quien quería. No parecía preocuparse por nada y amenizaba todas las reuniones derrochando alegría. Durante el último año comentó que quería dedicarse a la publicidad y sabía que tendría más oportunidades en Londres u otras grandes ciudades. A pesar de su espíritu cambiante y aventurero, no era tan viajera como yo, prefería quedarse en su país por lo menos en un país de habla inglesa, así que si no tenía éxito en Londres podría pensar en Estados Unidos. El único problema importante al que se enfrentaba era que no tenía familia que la apoyara. Sus padres habían muerto en un accidente cuando era muy pequeña y su tía la había cuidado desde entonces. El día que leyó la carta sobre la concesión de la beca para estudiar en la universidad, fue uno de los mejores días de su vida y se esforzó mucho para no tener que volver a casa de su tía. Ahora se iba a una habitación en un piso compartido de Londres y tenía dos días libres antes de empezar su precario trabajo como becaria de segunda para adquirir experiencia y optar por un trabajo mejor.

Y por último, yo. ¿Qué puedo decir? Me llamo Andrea y soy de Madrid. Al terminar Bachiller convencí a mis padres de que lo mejor era estudiar la carrera universitaria en Inglaterra. Quería vivir experiencias nuevas y necesitaba salir de casa; incluso de un país, que no parecía ofrecer mucho a los jóvenes recién graduados. Sería un gran cambio, pero estaba dispuesta a lanzarme, y había sido la mejor decisión de mi vida. Mi estancia en el campus me había permitido afrontar muchos desafíos fuera del paraguas protector de mi familia. Aun no siendo tímida, al lado de Vic y Anne había pasado casi desapercibida los tres años; era genial no tener a nadie pendiente constantemente de mí, opinando sobre todas mis acciones. Con la graduación esos felices

años habían terminado pero venían otros que deseaba empezar, con experiencias nuevas y seguramente excitantes. Aunque no se lo había contado todavía a mis padres, no era verdad que no tuviera planes. Me encantaba la música pero tenía mucho miedo escénico así que me dediqué a la parte no visible de los escenarios, técnico de sonido.

—Andrea, esto es más duro de lo que había pensado —rompió el silencio Vic.

—La verdad es que sí. Te voy a echar mucho de menos.

Me quedé mirando al suelo. Me escocían los ojos y sabía que estaba a punto de llorar. Ya había llorado bastante, no podía seguir así. Siempre se me notaba cuando había llorado. No podía esconder la hinchazón de los ojos y me parecía que todo el mundo lo notaba. Hacía más de un mes que no veía a mis padres y no quería darles esa impresión. Mi hermano había podido venir a visitarme una semana antes pero ellos no pudieron acompañarle.

—Vic, no sé si ahora podré acostumbrarme a dormir sin ruido, sin tus adorables ronquidos...

—¡Yo no ronco!

—Ya lo creo que sí. Te oyen hasta en la planta baja — Me encantaba picarla; se convirtió en uno de mis deportes favoritos al poco tiempo de conocernos.

—¡Serás mentirosa!

¡Era tan fácil entre nosotras! Nos animábamos mutuamente y pasábamos de la tristeza a la risa en menos de un segundo. Los siguientes años iban a ser muy tristes sin ella; se me iba a hacer muy difícil estar sola, y encima en otro continente.

Capítulo 1

Cambio de aires

“¡Mierda! ¿Dónde estoy? Este no es mi cuarto”. Apenas abrí un ojo me dí cuenta de que no era ningún lugar conocido. La oscuridad no era absoluta y, con cierto esfuerzo, pude vislumbrar una mesita a mi lado, un ventanal con las tupidas cortinas echadas en la pared de la izquierda y una gran televisión en la pared de enfrente. Parecía una habitación de hotel, un hotel muy elegante, mucho más elegante que los alojamientos a los que estaba acostumbrada, pero un hotel al fin y al cabo. ¿Qué demonios hacía allí? Algo confusa con esa idea, poco a poco tomé consciencia de mi cuerpo y comprobé que no llevaba pijama alguno, tan solo el pequeño e insinuante tanga que mi compañera de piso me había regalado en mi último cumpleaños. ¿Qué había pasado esa noche? ¿Por qué estaba semidesnuda? Haciendo esfuerzos sobrehumanos para contrarrestar un enorme dolor de cabeza debido a la monumental resaca, intenté incorporarme pero la sábana parecía atrapada por el lado derecho. Con miedo palpé el otro lado de la cama y solté un pequeño grito.

—Andrea, ¿se puede saber qué hiciste ayer? —me pregunté con rabia en voz baja para evitar despertar al individuo que estaba durmiendo al lado ofreciéndome una amplia vista de su espalda.

¿Cómo era posible? ¿Tan fácil era llevarme a la cama? No, claro que no, normalmente no lo era. De hecho, aunque mis amigas me hablaban de las ventajas de disfrutar de sexo sin compromiso por una noche, esta era la primera vez que yo me encontraba en una situación parecida. Intenté tranquilizarme pensando que por lo menos llevaba las bra-

gas y que el hombre tumbado a mi lado llevaba sus calzoncillos.

No recordaba las horas anteriores a meterme en la cama. Llegado un punto de la noche el alcohol había tomado las riendas y no pude evitarlo. Ese fue mi primer error: beber sin control. Pero era lógico que bebiera, era mi despedida y todo el mundo bebe en una despedida. Mis amigos me habían organizado una salida nocturna antes de mi marcha a Londres por dos meses para una formación de la empresa, y todos se empeñaron en beber chupitos cada diez minutos mientras brindábamos y lanzábamos nuestros deseos al aire. Al sexto chupito ya no podía pensar con claridad. Aun así, recordaba haber sentido el teléfono en el bolsillo. Recordaba vagamente haber mirado extrañada el teléfono ya que todos mis conocidos en la ciudad estaban conmigo en el bar. La vibración me avisaba de que alguno de mis contactos de Tinder me había mandado un mensaje para vernos.

Era Alex. No podía ser otro. Hacía mucho tiempo que no atendía las notificaciones de otros contactos de Tinder.

Habíamos contactado por primera vez tres meses atrás, cuando la aplicación nos emparejó mientras él visitaba la ciudad, y en seguida nos dimos cuenta de que había cierta conexión. Las conversaciones fluían con facilidad entre nosotros y, una semana después del primer contacto, ya había alcanzado una confianza con él como para hablarle de mis problemas, mis ilusiones... Durante el último mes, nos comunicábamos casi diariamente por mensajes pero todavía no habíamos probado otra forma de contacto más directa. No es que no quisiéramos vernos pero no habíamos podido; cada vez que abría la aplicación para mandarle un mensaje confirmaba que se encontraba a muchos kilómetros de Nueva York. Se había convertido en mi apoyo en la distancia.

Recordé que la noche anterior, sintiendo gran curiosidad y excitación, contesté a su mensaje, estaba deseando

verle y conocerle en persona. Ese fue mi segundo error: hacer caso a un hombre que me interesaba sin tener en cuenta mi estado alcoholizado.

Sabía que viajaba a menudo por los kilómetros de distancia que marcaba la aplicación en algunas ocasiones. También sabía que era soltero, que trabajaba en el mundo de la música, que tenía una casa en Inglaterra y que se alojaba en un hotel cuando venía a Nueva York. ¿Qué se alojaba en un hotel? Estaba en un hotel, no sería...

Intrigada busqué mi ropa desperdigada por la habitación y me empecé a vestir mientras daba la vuelta a la cama sin hacer ruido. Al pasar cerca del ventanal, moví las cortinas para dejar pasar un poco más de luz. Unos ligeros rayos de sol entraban por las rendijas de la persiana y pude ver con menos dificultad su rostro. Era él. Lo reconocí de las fotos de su perfil. Un hombre muy atractivo que, sin llegar a ser el más guapo de la clase, seguro que había dado quebraderos de cabeza a más de una mujer en su vida. Me acerqué para fijarme bien en sus rasgos. En realidad sí era muy guapo y se mantenía en forma, los músculos de su espalda lo confirmaban.

—Así que quedé contigo —sonreí embobada. Por fin había quedado con él y no recordaba gran cosa. —Y no solo eso; parece que lo disfruté —añadí viendo un envoltorio de preservativo abierto sobre la mesilla. Seguramente no había tenido tiempo de explicarle que yo ya ponía medios anticonceptivos pero se alegraba de que él lo hubiera previsto. Al menos uno de los dos tenía la cabeza en su sitio.

Durante los últimos días había pensado cómo sería quedar con él por primera vez y ahora ya nunca lo sabría. El día que me avisó de que venía a Nueva York empecé a divagar sobre un posible encuentro explosivo, incluso había imaginado en detalle un contacto sexual. Qué se le va a hacer, era una romántica. Bueno, una romántica hasta que bebía unos chupitos, momento en el cual parece que era más bien una actriz porno.

Así que por lo visto fui bastante lanzada y la noche parecía haber terminado bien. Por el estado en que se encontraba mi ropa y la de él, no habíamos tenido mucho tiempo para desnudarnos. Claramente, estábamos deseosos de entrar en materia y no nos importó dónde cayeran las telas que nos impedían disfrutar.

Ya casi me había vestido por completo, cuando observé bien ese envoltorio y maldije al constatar que el contenido estaba intacto. Mi caballero andante había pensado en ello pero al final no lo había utilizado. ¿Tanta prisa habían tenido?

Alex se movió en la cama; parecía estar despertando. Con velocidad terminé de vestirme y escribí una nota con una mentira piadosa. Tenía que desaparecer de allí, me sentía avergonzada por lo ocurrido. Sobretudo porque no me acordaba muy bien de cómo había acabado allí y no quería tener que explicar nada.

Terminé la escueta e insulsa nota, cogí mis cosas y salí de la habitación justo antes de oírle hablar.

—¿Qué demonios pasa? ¿Andrea? ¿Dónde estás?

Tuve que correr para entrar en el ascensor y vi asomar su cabeza mientras las puertas de acero se cerraban. Lo había logrado por lo pelos. No me sentí contenta sino aliviada. No quería enfrentarme a esa situación pero ver su cara de perplejidad no me sentó bien. Le había dejado allí plantado de muy malas maneras y no estaba orgullosa de ello. Era mi amigo, mi confidente, mi apoyo... y le había plantado simplemente por miedo y vergüenza.

Me dirigí a mi casa con paso vacilante. ¿De verdad era así como quería que acabara esta relación? Cuando salí del metro después de cinco paradas, me llegaron todos los mensajes de golpe. Por lo visto, la noche anterior le había dado mi número de teléfono y ya se comunicaba por wasap en lugar de a través de la aplicación de contactos. Me sorprendió haber llegado a ese punto en una sola cita cuando durante meses no lo habíamos considerado necesario.

Alex: *"Se puede saber por qué te has ido así. Creía que lo habíamos pasado bien."*

Alex: *"Al menos yo sí lo he pasado bien. Me ha alegrado verte y me hubiera gustado despertarme a tu lado."*

Alex: *"¿No vas a contestarme? ¿Así vas a acabar con todo? ¿Ni siquiera un adiós?"*

Alex: *"Creía que te conocía."*

Había dejado pasar un par de minutos entre mensaje y mensaje, cambiando de muy enfadado a menos, pero el último parecía tan decepcionado que me dejó sin saber qué hacer. Realmente parecía que le había dolido; que no quería algo de una noche. Tardé un poco en reaccionar pero lo conseguí.

Yo: *"Siento no haberte contestado antes. Estaba en el metro sin cobertura."*

Mientras seguía escribiendo observé que estaba en línea y el mensaje se marcaba como leído.

Yo: *"Tuve que irme corriendo a preparar las cosas para el viaje a Londres. Como te he escrito en la nota, estabas tan a gusto durmiendo que no quise molestarte."*

Estaba nerviosa. No sabía qué excusa darle, mi comportamiento era inexcusable, simplemente había sentido pánico. Un pánico atroz a no saber comportarme ante él después de lo que había pasado. Un pánico atroz a que viera todos mis sentimientos reflejados en mi cara y sobretodo a que se diera cuenta de mi desconcierto al despertar en su cama y a mi falta de recuerdos. Era más fácil así; hablar en la distancia.

Alex: *"Tenías que haberme despertado"*

Todavía quería hablar conmigo. No lo había fastidiado del todo. ¿Qué debía hacer? Me encantaba hablar con él pero no quería hablar de la noche pasada.

Yo: *"Probablemente. Seguro que si lo pienso con detenimiento me arrepiento de ello."*

Yo: *"A veces me sale la vena impulsiva... Estabas muy guapo mientras dormías, no podía destrozar esa imagen."*

No podía creerlo. ¿Había escrito eso? Estaba coqueteando con él de nuevo como si no hubiera pasado nada.

Alex: *"Yo te recuerdo mucho más guapa ayer cuando ni siquiera me dejaste llegar a la cama."*

¡Mierda! Y yo sin acordarme. No iba a volver a beber en mi vida. No podía ser completamente sincera con lo ocurrido la noche anterior. No quería admitir mi vergonzosa actuación y mi falta de memoria debida al alcohol.

Yo: *"De eso no me acuerdo mucho... y un caballero tampoco debería recordarlo con tanta ligereza."*

Alex: *"Menos mal que no soy un caballero porque pienso recordarlo en cualquier momento, cuándo y dónde me dé la gana. No podría olvidarlo"*

Un profundo calor se instaló en mi rostro. ¿Qué contestarle a eso? Ese hombre iba a ser mi perdición. Me encantaba charlar con él y, aunque yo no lo recordaba, parecía que le había dado muy buena impresión en nuestro primer encuentro. ¿Nuestro primer encuentro? Ya estaba mi lado romántico pensando en la próxima vez. Su siguiente mensaje me sacó de mis pensamientos.

Alex: *"¿Cuánto tiempo estarás en Londres?"*

Yo: *"Dos meses ¿por qué?"*

Alex: *"Yo estaré por allí dentro de una semana ¿Nos volveremos a ver?"*

Yo: *"Probablemente. Te tengo que dejar. Voy a prepararme. Hablamos en otro momento."*

Alex: *"Vale. Hasta pronto. ¡Buen viaje!"*

Yo: *"Gracias"*

* * * *

Me había despertado tarde y ya eran casi las diez cuando llegué a casa. ¡El avión salía en menos de dos horas! Dejé las llaves en el mueble de la entrada y fui corriendo a

mi habitación, saludando a gritos a mi compañera que vino detrás de mí con expresión interrogante y enfadada.

—Solo a ti se te ocurre llegar a estas horas, Andrea — me regañó Sara apoyada en la puerta de mi habitación.

—Ahora no, Sara. No puedo entretenerme o no llegaré al avión. Hablaremos en el coche —aseguré mientras apilaba ropa encima de mi cama.

—Vale, pero de esta no te libras. Me has dado un buen susto esta mañana cuando he visto la puerta de tu habitación abierta y la cama vacía.

Tardé en preparar la maleta. Nunca había tenido problemas al hacer el equipaje pero en esta ocasión me iba por dos meses y eso suponía mucha más ropa de la habitual. Además, este no era solo un viaje de trabajo, para el cual tenía claro el tipo de trajes que llevaría, sino que por fin iba a volver a ver a mis compañeras de aventuras y probablemente necesitaría más opciones para elegir en cada ocasión. Habían pasado ya cinco años desde que nos despedimos y Victoria, con la que hablaba a menudo, había organizado una reunión aprovechando su viaje. Era el momento de pedirle su ayuda para decidir qué llevar. ¿Qué hora sería en Londres? Las seis de la tarde, ¡mejor! Así seguro que la pillaba disponible.

Yo: "Hola Vic. ¿Estás ahí?"

Vic: "Sí. ¿Cómo vas? ¿Todo preparado?"

Yo: "Que va. Estoy de los nervios. No sé qué ropa llevarme. ¿Has previsto salidas elegantes?"

Vic: "Jajaja. Parece que no me conoces. He previsto de todo para divertirnos. Pero no te molestes en traer nada fuera de lo normal. Si fuese necesario te presto algo."

Yo: "Miedo me das."

Vic: "No sé por qué, ya deberías saber que mis planes son siempre los mejores"

Yo: "¿Sabes algo de las demás? ¿Cuándo nos vemos?"

Vic: "Será sorpresa. Lo hablaremos cuando llegues. Dime el número de vuelo y la hora de llegada para esperarte"

en el aeropuerto."

Yo: "No hace falta que vayas. Llego sobre las 9, te habrás ido a trabajar ya"

Vic: "Lo intentaré"

Tenía muchas ganas de verlas. En estos cinco años solo había hablado con Victoria que me iba contando cosas de todas ellas. Incluso estuve en Londres dos años antes pero ni Eli ni Anne habían podido acercarse y nos habíamos quedado solas nosotras dos, como cuando éramos compañeras de habitación.

Vic me había contado que Eli se había casado y tenía una hija. Llevaba una vida muy tranquila en la granja familiar y no se relacionaba mucho con ella. Prácticamente no salía de su pueblo si no era arrastrada por su hermano a algún espectáculo importante en la ciudad. Su hermano, el maravilloso John. El hombre que traía a todas las mujeres de la universidad por el camino de la amargura. Atractivo, alegre, sociable... en definitiva, el rey de las fiestas. Todas estábamos locas por él; incluso Vic y yo, que tuvimos una discusión por su culpa cuando yo conseguí liarme con él. Esa había sido la única discusión que habíamos tenido en nuestra vida; y todo por un chico.

Vic también me había contado que Anne seguía con su novio de toda la vida y habían montado un restaurante francés en un pueblecito cerca de Londres. La parejita iba de vez en cuando a la ciudad y habían quedado varias veces. Aunque siempre se quejaba de que eran demasiado acaramelados, lo pasaba bien con ellos y me contaba todos sus encuentros.

Rellené con rapidez mi neceser, colocando lo más imprescindible. Ya compraría en Londres cualquier crema o pintura que pudiera necesitar. No estaba acostumbrada a utilizar muchos de esos productos que algunas consideran totalmente necesarios pero estaba segura de que se me olvidaría algo que necesitaría en el momento menos oportuno. ¡Siempre se me olvidaba algo!

—Andrea, ¿estás ya? —gritó Sara desde la entrada del minipiso compartido.

—Sí, ya voy.

—Venga que no llegamos al avión —volvió a gritar como si estuviera enfadada.

—Deja de gritar que ya estoy —contesté saliendo por el pasillo con las maletas auestas.

—Oye, que yo lo digo por ti. A mí me da igual si te vas o no.

—Ya lo sé. Venga, vamos.

El coche se movía lentamente entre el tráfico y empecé a dudar de si llegábamos a tiempo. Miré nerviosa por la ventana, fijándome en los árboles, las nubes, las casas... para intentar calmarme.

—Te dije que íbamos justitas de tiempo —gruñó Sara — ¿A quién se le ocurre desaparecer la noche antes?

—Es que...

—No me tienes que explicar por qué. Le vi.

—¿Y qué significa eso?

—Que está muy bueno.

—Oye, Sara, ¿exactamente qué viste? —pregunté con timidez.

—Pues un hombre muy guapo llegó y empezó a hablar contigo como si te conociera. Nos lo presentaste como Alex, un amigo. Estuvisteis un buen rato hablando en un rincón mientras nosotros bailábamos. Al cabo de unas horas fuimos a despedirnos de ti pero ya no estabas, así que supusimos que te habías ido con él.

—Ahh —se hizo un tenso silencio -. ¿Nada más? ¿Viste si nos liamos en el bar?

—Si lo hiciste no me di cuenta pero... ¿no te acuerdas?

—La verdad es que no. —Ante la cara de asombro de Sara sentí la necesidad de justificarme —bebí demasiados chupitos.

—¿En serio no te acuerdas de nada? —No era de extrañar que estuviera alucinada; nunca había hecho algo pare-